A.

3

-5)

EL

Anarquista,

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

Juan Ortea Fernandez.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

PRIMERA EDICIÓN

COLEGIO DE LA INMACULADA
†
JHS
25276
BIBLIOTECA
GIJÓN

GIJÓN

IMPRENTA DE A. BLANCO

1899

B.1

6-(3/43(1-5)

EL

Anarquista,

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

Juan Ortea Fernandez.

D. 35693/1

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

PRIMERA EDICIÓN

GIJÓN

IMPRENTA DE A. BLANCO

1899

AL OBRERO.

¿A quién mejor que á tí, queridísimo amigo, puedo dedicar esta mi primera obra dramática? ¿A quién mejor que á tí, que siendo bueno y sencillo por naturaleza, no alcanzas á comprender la perversión de esos charlatanes que, llamándose á sí mismos *redentores del obrero*, te buscan para que sirvas de escabel á sus ambiciones, quitándote, á la vez que la tranquilidad de la conciencia, la paz de tu hogar, cuando nó, llevándote á un fin desastroso?

Quiera Dios que el asunto que ha servido de argumento á mi drama, muy frecuente por desgracia, y que hoy pongo á tu consideración, sirva para preservarte de la maldad de esas doctrinas anarquistas y socialistas.

Es á cuanto aspira

El Autor.

PERSONAJES

Enrique
El Padre Anselmo
D. Luis
Juez
Médico
José ..... } Hijos de Enrique
Manolito }
Felipe
D. Ricardo
Inspector de policia
Carcelero
Guardias del órden.

Acción Contemporánea.

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

ACTO PRIMERO

EL CRÍMEN

(Cuarto póbremente arreglado: tres ó cuatro sillas, una mesa á la derecha, alacena á la izquierda, puerta en el fondo. Derecha é izquierda las del espectador.)

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE Y FELIPE

Al levantarse el telón, Felipe está sentado, Enrique de pié y apoyado en la mesa, sobre la que habrá una botella con vino y dos vasos.

FELIPE Sí, apreciable compañero,
ha de ser mucha tu gloria,
tú darás con ese golpe
al obrero la victoria:
y basta ya de sufrir,
abajo la tiranía,
que mueran esos burgueses
que nos quitan la alegría
y con desprecio nos tratan,
peor que á los animales;
pues qué ¿no somos al rico
en derechos siempre iguales?
¿no merecemos un puesto
en el festin de la vida?
¿por qué mientras ellos gozan
nuestra clase está oprimida
sufriendo miseria y hambre
sin hallar un brazo amigo
que se le tienda y la alivie?...
¡esto píde cruel castigo!

ENRIQUE Pierde cuidado, Felipe,
hoy se encarga este puñal (*Sacándolo del bolsillo interior de la chaqueta*)
de arreglar en un instante
toda la cuestión social.
La suerte me ha designado
y estoy de ella satisfecho,
hundiré con ánsia loca (*Imita la acción*)
el acero en aquel pecho;
rasgaré, destrozaré
de ese rico el corazón,
al áspid allí escondido
de nuestros bienes ladrón.
No tengas miedo, no temas,
el golpe será certero,
porque lo dirige el ódio
de los ódios el mas fiero.
Y cuando su cuerpo en tierra
esté, poniendo mi pié
sobre aquel montón de carne
orgulloso gritaré:
¡Compañeros, somos líbres,
se acabó la propiedad,
abajo los privilegios
y viva la libertad!
No es sólo que á ello me obligue
el juramento prestado
en el club, ni que me fuerce
la bola que me ha tocado
de asesinar al infame,
la justicia proclamando,
es que aquí están los deseos *(señalando al corazón)* del exterminio pujando
por salir al aire libre
y verse cumplidos ya
bebiendo la sangre toda
de esos miserables. *(Guarda el puñal)*

FELIPE ¡Ah!
Enrique, ¿quién no te admira?
Si nuestros antecesores
como eres tú, hubieran sido,

hoy fuéramos vencedores.
El mundo, ya mejorado,
opresores y oprimidos
no albergaría, que todos
viviríamos unidos
gozando de esa igualdad
que al presente está cautiva.....
gritemos, sí, compañero,
¡Viva la 'anarquía! *(levantándose y descubriéndose)*

ENRIQUE ¡Viva!.....
Demonio, si alguien nos oye,
abur proyectos queridos,
vigilemos por si acaso,
siempre hay que estar prevenidos. *(Se dirige á la puerta y escucha, luego va á sentarse junto á Felipe).*
No hay nadie. Y de plan, ¿qué tal?
¿Lo teneis todo dispuesto?

FELIPE Todo está ya preparado,
cada cual sabe su puesto.
Mientras tú al alcalde *alistas*,
diez le saquean la casa,
cincuenta irán por el pueblo
observando lo que pasa,
viendo si hay algún peligro,
y los demás en secciones
con armas de muy buen temple
irán á los ricachones
para arreglar el negocio
de nivelar 'os caudales
que andan hoy por esos mundos
en porciones desiguales.

ENRIQUE Hay que obrar con mucho tiento,
ya sabes lo que se juega *(Llevando la mano al cuello)*

FELIPE De esta vez, yo te aseguro
que nuestro desquite llega.

ENRIQUE Otra cosa, y de dinero,
¿cómo andamos?

FELIPE Regular;

comprende, con estos líos
se ha tenido que gastar,
luego un socio que está enfermo,
el otro que no trabaja,
y hay que darles el socorro
y todo sale de caja.

ENRIQUE Pues á mí poco me dísteis
cuando murió mi mujer
y yo estaba sin trabajo.

FELIPE Era imposible atender
á tanta necesidad
como entonces existía.
Dime ¿qué quieres que hiciera
un club que apenas tendría
noventa socios pagando
cuotas insignificantes
y, como reciente, pocas
relaciones importantes?
Hoy, en cambio, prosperamos;
de España y del extranjero
se nos tienen ofrecido
muchos hasta con dinero.
Ya ves, en lo de esta noche
nos prometen ayudar
en todas partes los nuestros,
con que ¿no hemos de triunfar?
Y ahora para despedirme *(levantándose)*
voy á darte una sorpresa:
nuestro digno presidente,
que te distingue y profesa
un verdadero cariño,
en junta de ayer dispuso
darte estos quinientos reales, *(se los dá)*
chíco, ninguno se opuso,
todos con gusto aprobaron
la idea del presidente.

ENRIQUE Gracias, vuestra protección
siempre la tendré presente. *(guarda el dinero)*

FELIPE Además, quedas nombrado
socio de honor, lo mereces,
eres tú de aquellos pocos

que un favor pagan con creces.
Basta y sobra á demostrarlo
esa acción tan meritoria
que luego has de ejecutar,
digna de eterna memoria,
en pró de los ideales
sacrosantos que abrigamos.....
(animándose) á su cercano triunfo
Enrique á brindar volvamos.
(Enrique llena los vasos)
(Ap.) Lo que es éste ya no falla,
le sobra la corajina,
si todos están lo mismo
habrá buena degollina.

ENRIQUE Que así beba yo la sangre (*alzando el vaso)*
de ese rico endemoniado.

FELIPE Que la bebamos de todos *(idem)*
pero despues de triunfado. *(Beben)*
Bueno, Enrique, se hace tarde
y hay que darse algun sosiego
para trabajar mejor;
hasta luego. *(Se vá después de dar la mano*

ENRIQUE *á Enrique.)* Sí, hasta luego.

ESCENA SEGUNDA

ENRIQUE

ENRIQUE Al fin se acerca el desquite,
cayendo está ya el momento
en que dareis cuenta estrecha
de las burlas y desprecios
con que estais á todas horas
abochornando al obrero.
Presto llegará la noche,
y en ella ese manso pueblo
que habeis venido explotando
os habrá de causar miedo.
¡Ah! clases privílegiadas,
¿pensásteis que el mundo es vuestro?
¿os llegásteis á creer

que os pertenece lo bueno,
los honores, las riquezas,
el bienestar, el imperio,
mientras nosotros vivimos
como si fuéramos perros?
¿Pensais que mientras vosotros
andais tirando el dinero
en francachelas y orgías,
nosotros careceremos
de un techo donde abrigarnos,
del necesario sustento?
¿Pensais que mientras os pagan
los chanchullos con empleos
nuestra honradez ha de andar
entregada al menosprecio?
¿Pensais que porque sois ricos
podeis con todo atropello?...
¡No! ¡jamás! ¡basta de infamias!
esto necesita arreglo.
No pasan ya las promesas
que os estamos siempre oyendo
de libertad, garantías,
de justicia y privilegios;
todo es farsa, pura farsa,
si alguna protesta hacemos
si alguna cosa pedimos
porque se nos debe, luego
nos enviais la respuesta
poniéndonos regimientos
al frente con bayonetas
que destrozan nuestros pechos.
Si la más mínima falta,
por desgracia, cometemos,
no hay piedad para nosotros,
para las vuestras hay premios,
después vienen los curitas,
esos del hábito negro,
con que hay un Dios que castiga
y que premia nuestros hechos,
buscando así el que nosotros
esa mentira creyendo

á los ricos en sus fiestas
y en sus caprichos dejemos.
¡Ya! ¡ya!, lo que se desea
es nuestro embrutecimiento,
á fin de que no sepamos
defender nuestros derechos;
pero se acerca la hora
en que no habrá privilegios...
¡qué sabrosa es la venganza!
¡es el placer más completo!
y la mia ha de ser buena,
me la deben, no hay remedio.
hace tiempo que me oprime,
que me tortura e' recuerdo
de aquella acción miserable
por la que tan mal me encuentro,
á quien debo mis desdichas,
á quien mi ruina le debo.
(Transición) Hace seis años me hallaba
en Cádiz de jornalero
en la hacienda de un burgués
de alma dura como el hierro.
Apenas si me bastaba
con lo escaso de mi sueldo
para dar á mi mujer
y á mis hijos alimento;
pero allá íbamos tirando
entre caida y tropiezo,
resignados con la suerte,
esperando mejor tiempo.
Haya salud, yo pensaba,
Dios no abandona á sus siervos,
confianza y adelante,
de hambre no nos moriremos.
Hoy, algo más instruido,
que Dios existe no creo,
si existiera ¿dejaría
sin castigo tantos hechos?
¿tantas acciones impunes?
¿no premiaría á los buenos?
Un dia. mi pobre Rosa

quedó postrada en el lecho,
¡grave el mal se presentaba
sin haber con qué atender;lo!
Acudo, entonces, al amo,
le cuento mi desconsuelo
y llorando le suplico
un anticipo en dinero
que, después de remediarme,
pagaría de mi sueldo.
«¡Insolente, me responde,
no me engaña con sus cuentos,
andan ustedes metidos
en tabernas todo el tiempo
gastando lo que no tienen
y luego ván á sus dueños
á que les paguen sus vícios!
Si es que no le basta el sueldo,
váyase, no hace usted falta,
abundan los jornaleros.»
La rabia que me cegaba
me retiré conteniendo
al pensar en mi mujer
y en aquellos pequeñuelos.
Seguí trabajando allí
porque no había otro medio,
mas, una vez fuí algo tarde,
cuidados me entretuvieron
en mi casa, y aquel tigre
me despidió en el momento
sin atender á razones
ní á mis lágrimas y ruegos
Lo que sucedió después
tiemblo de pensar en ello,
cuatro años anduvimos
de las limosnas viviendo;
muchos al verme decían:
trabaje usted, que no es viejo,
trabajar yo deseaba,
pero ¿en dónde, en dónde hacerlo,
si á cuantos lugares iba
respondían: no tenemos

trabajo? Ya, medio loco,
vencido por tanto esfuerzo,
íba á llamar á un asilo
cuando me hallé á un compañero
que me dijo: «no te apures,
nosotros te salvaremos
con tal que nos dés ayuda
á triunfar nuestros proyectos.»
Desde entonces anarquista
soy y no me pesa el serlo.
al menos pan no me falta
á mí ni á mis pequeñuelos
y podré, querida Rosa,
vengarte, que es lo que quiero.
¡Ah! si aquel rico inhumano
no hubiese tan pronto muerto,
antes en él que en ninguno
sepultaría mi acero..... *(Llaman)*
(Levantándose sobresaltado)
Me parece que han llamado.
¿Quién será? vamos á verlo (*Guarda en la alacena la botella y los vasos; abre)*

ESCENA TERCERA.

DICHO, D. LUÍS Y D. RICARDO

D. LUÍS *(Desde la puerta y descubriéndose)* Muy buenas noches, ¿se puede pasar?

ENRIQUE Adelante. ¿Qué se les ofrece?

D. LUÍS ¿Es V. D. Enriquè Villa?

ENRIQUE *(Vacilando)* Sí, señor. *(Ap.)* ¿Qué querrán estos?

D. LUÍS Esperamos nos dispense el venir á molestarle unos instantes y en hora tan inoportuna; tenemos la honra *(señalando á D. Ricardo que le acompaña)* de pertenecer á la sociedad de San Vicente de Paúl y habiéndonos informado el Sr. Cura de esta parroquia que se hallaba V. sin trabajo y sin recursos hace ya bastante tiempo, venimos á ofrecerle el apoyo de dicha sociedad y el alivio en cuanto se pueda á sus necesidades. ¡Si viera V., es un placer tan grande el socorrer á nuestro prójimo, el atenderle en sus tribulaciones, el consolarle en sus penas, que no se concibe otro mayor en el mundo!...

ENRÍQUE *(Áspero)* No necesito nada.

D. RICARDO No tenga reparo en confesar sus privaciones á quienes desde ahora desean ser verdaderos amigos de V.

D. LUÍS *(Á D. Ricardo)* ¡Pobrecito, le avergüenza su miseria!

ENRIQUE *(Ap.)* Eso quisiérais vosotros, que descubriera mis planes y denunciarme. Fingiremos para que nada sospechen. *(Mostrándose más confiado)* Pueden Vds. tomar asiento y cubrirse.

D. LUÍS (*Sentándose*) Gracias, amigo, estaremos poco.

D. RICARDO (*Id.*) Muchas gracias.

ENRIQUE *(Ap.)* ¡Hipócritas!

D. LUÍS Diga, Enrique, ¿es V. solo ó con familia?

ENRIQUE *(Ap.)* Ya empieza la información (*alto*) Tengo dos hijos, uno de diez años y otro de doce, mi mujer hace poco que murió víctima de la miseria que había en nuestra casa, ¡ni las medicinas se podían comprar para atender á su enfermedad! Son favores que debemos los pobres á los ricos.

D. LUÍS ¿Por qué no dió V. cuenta á nuestra asociación de la enfermedad de su esposa? O en último recurso haberla llevado á un hospital, estaría mejor atendida.

ENRIQUE Si la llevo á un hospital me la matan primero.

D. LUÍS No sé en qué se fundan Vds. para hablar de ese modo; conozco bastante el tratamiento de tales asilos y puedo asegurar que V. y todos los que piensan como V. están muy equivocados.

ENRIQUE (*Indiferente*) Ya está.

D. LUÍS (*Descubriéndose*) Dios la tenga en el cielo.

D. RICARDO (*Id.*) Así sea.

D. LUÍS Y sus hijos ¿qué hacen?

ENRIQUE Andan por ahí.

D. LUÍS ¿Qué andan por ahí? Excelente modo de cumplir con las obligaciones de un padre de familia. ¿No sabe V. que la ociosidad es causa de todos los vicios? Procure, procure llevarlos á la escuela, donde aprenderán á tener amor al trabajo y á saber lo que les conviene.

ENRIQUE Ni yo puedo darme esos lujos, ni á mis hijos les hace falta estudiar; ¿para qué? ¿para llevar una vida tan arrastrada como su padre?

D. LUÍS Dispénseme, amigo mio, si le digo que está V. en un gravísimo error, que puede traerle funestas consecuencias. Recuerde aquellas lecciones del Catecismo que tantas veces habrá estudiado cuando niño y que dicen, refiriéndose á los padres

que, no sólo deben cuidar del alimento y vestido de sus hijos, sinó instruirlos convenientemente, cada cual con arreglo á su clase y condición.» Quien esto no cumple, priva á sus hijos de un porvenir próspero tal vez, que muchos han existido y existen que desde el estado más humilde llegaron á ocupar, por su conducta y estudios, puestos importantes. Luego se quejan ustedes de que los hijos son desgraciados y hacen serlo á sus padres, ¿Qué ha de hacer el que le falta el cultivo de la inteligencia, el guía de la razón, sinó cometer errores y delitos? Ya lo dijo un gran estadista: la calle es la escuela del crímen y los niños que en ella se abandonan forzosamente saldrán criminales.» No se escuse nadie con la falta de medios para educarlos, porque lo que sobran hoy son escuelas gratuitas, siendo un pecado que Dios castiga con severidad el descuido en la enseñanza de los hijos. Sí, Enrique, por favor, llévelos cuanto antes á un colegio, aún es tiempo, y ellos más adelante le bendecirán, de lo contrario sólo se acordarán de usted para maldecirle.

ENRIQUE En todas partes al pobre se le presentan obstáculos, todo el mundo le desprecia; ¡si el dinero estuviera mejor repartido otra cosa sería!

D. LUÍS ¡Veo con tristeza que también V. se encuentra dominado por esas ideas de club y de periódicos infames, que á tantos infelices han perdido y están perdiendo! Entre V. en razón, amigo mio. abomínclas. Al pobre bueno y trabajador en todos los sitios se le quiere y protege, mientras que al malvado y holgazán se le rechaza. Es cierto que hay injusticias y otras malas acciones entre ricos y pobres, especialmente de los primeros para con los segundos; pero tengamos en cuenta que este mundo no es el lugar destinado por Dios al hombre para colmarle de felicidad, según sus obras; este mundo será siempre un valle de lágrimas; en él no dejaremos de padecer contrariedades, porque es lugar de merecimientos, y en vano trabajan en reformarlo las sociedades anarquistas y otras por el estilo; no lo conseguirán, es contra lo dispuesto por Aquél que todo lo puede. Y hablando de los ricos, ¿creeis, amigo mio, que la mayor parte de ellos son dichosos? ¡Si pudiéramos conocer su vida privada, renunciaríamos con gusto á las riquezas! En cambio ¡cuántos hay que faltándoles hasta lo necesario, viven contentos y felices. libres de preocupaciones y disgustos! Esto lo sabemos muy bien nosotros (*Muestras de asentimiento en D. Ricardo*) que lo estamos observando contínuamente, sólo

que cuatro canallas, no otro nombre merecen, andan por ahí alborotando las imaginaciones de algunos crédulos con embustes é imposibilidades que bajo el nombre de regeneración, que ellos le dan, encubren el de ruina. (*Mirando el reloj y levantándose, Se levanta también D. Ricardo*) Pero de todas estas cosas hablaremos. Dios madiante, en las visitas sucesivas que tendremos el gusto de hacerle, hoy es tarde ya y V. necesita descansar..... ¡Ah!, se me olvidaba, ¿cuál es el oficio de V?

ENRIQUE Jornalero.

D. LUÍS Muy bien, mañana sin falta estaré con el señor Alcalde, íntimo amigo mio, (*Enrique sonríe maliciosamente*) y solicitaré para V. una plaza en el Municipio ó en otro sitio cualquiera; ya verá como estando entretenido no piensa más en esas tonterías. Entre tanto quiero regalarle estos libritos (*Dándoselos*) de propaganda católica; le distraerán agradablemente á la par que instruyén lole en lo que más importa conocer al hombre, su salvación eterna. Ahora venga un apretón de manos y hasta muy pronto, ¿eh? (*Al estrecharle la mano le deja un duro.*)

ENRIQUE (*Devolviéndoselo*) No admito limosnas.

D. LUÍS (*Rechazándolo*) No es limosna, amigo mio, es un pequeño préstamo que le hago para devolver cuando sus recursos se lo permitan.

ENRIQUE (*Que conserva el duro y los libros en la mano*) (*Ap.*) Adelante con la comedia.

D. LUÍS Adios, amigo, y no desanimarse, que luego le traeré buenas noticias.

ENRIQUE Adiós.

D. RICARDO Que vaya bien, Enrique.

ENRIQUE Gracias. (*Salen D. Luís y D. Ricardo.*)

ESCENA CUARTA.

ENRIQUE.

ENRIQUE (*Se acerca á la puerta y escucha, después dice:*)

Parece que presentís
el golpe que os amenaza
cuando á mí con esa traza
tan hipócrita venís.
Os conozco, miserables,
por mucho que os empeñeis

engañarme no podreis
con palabritas amables.
¿Que mañana vais á estar
con el alcalde? ¡ja, ja!
donde él mañana estará
no le ireis á visitar.
(*Más grave*) Aunque no sería un mal
le siguiérais en el viaje
que le abrirá mi coraje
con la punta del puñal.
(*Dan las ocho*) El reloj me está anunciando
el momento del deber..... (*Pausa*)
Arroja con violencia los libros y el dinero)
No vacilo..... es un placer
que ha tiempo estoy deseando.
(*Sale precipitadamcnte.*)

ESCENA QUINTA.

JOSÉ Y MANOLITO (*Vestidos muy pobremente.*)

MANOLITO (*A José que entra con la navaja abierta.*) Eres el demonio, ¿cómo te las arreglaste pa abrir?

JOSÉ Muy sencillamente; con esta amiga inseparable (*por la navaja*) franqueo todas las puertas y más ésta, que tiene una cerradura que no vale ná. (*Guarda la navaja.)*

MANOLITO Si padre supiera que estábamos aquí..... él que nos mandó á dormir esta noche en casa de la tia Gregoria.

JOSÉ ¿Qué más me dá que lo sepa? no parece sinó que cada uno no puede venír á buscar lo que es suyo.

MANOLITO Dime qué es.

JOSÉ No me dá la gana. ¿Qué me das si te lo digo?

MANOLITO (*Triste*) ¿Qué quieres que te dé si no tengo ná?

JOSÉ Porque eres un panoli. Mira lo que saqué yo jugando á las chapas con Rosendo (*Enseña dinero*) y además estas ocho perras (*Sacándolas de otro bolsillo*) que le robé á una mujer en la plaza...

MANOLITO (*Que trata de quitárselas)* ¡Uy, cuánto dinero! ¡dame algo!

JOSÉ (*Amenazándole)* Lo que te voy á dar va á ser una galleta.

MANOLITO ¡Roñoso!

JOSÉ Ya sabes que no soy roñoso, si lo quieres gánalo como yo. (*Va hacia la puerta y escucha*)

MANOLITO ¡Si tuviera el arte que tú!... *(Hace con la mano lo indicacion de robar) (Ap., después de haber visto el duro que tiró Enrique)* ¡Sopla, un duro! *(Se acerca José; Manolito pone disimuladamente el pié encima de la moneda.)*

JOSÉ ¿Quieres ganarte en un momento dos perras?

MANOLITO ¡Sí! ¿cómo?

JOSÉ Bajando al portal pa en cuanto veas venir á padre avisarme.

MANOLITO ¿Qué vas á hacer?

JOSÉ *(Incomodado)* Eres un importón; á buscar un paquete de tabaco que dejé esta mañana guardado en la alacena y quiero llevármelo por si padre lo halla y me lo quita.

MANOLITO ¿Me guardarás un poco?

JOSÉ Sí, pero antes tengo que decirte una cosa.

MANOLITO ¿Qué es?

JOSÉ En saliendo de aquí vamos á ir yo, Antonio y Rosendo á quitarle las herramientas á ese zapatero de la calleja que siempre le estamos haciendo rabiar. Hemos visto que las dejó guardadas en una rinconera del portal donde trabaja y si tú quieres servirnos entre tanto de espía, por si vinieran los *guindillas*, te daremos participación de lo que saquemos por ellas.

MANOLITO ¡Me vais á engañar como la otra vez, que después de coger aquellos dulces de la tienda, os los repartísteis y yo me quedé sin ná!

JOSÉ Esta vez no te engañamos.

MANOLITO ¿Y á qué hora vamos á dormir á casa de la tía Gregoria?

JOSÉ A la once ó las doce, según; la decimos una mentira y se la cree.

MANOLITO ¿Y si padre lo sabe y nos riñe?

JOSÉ Lo que menos caso hace padre es de nosotros; anda por ahí entretenido con sus amigos, pues andemos nosotros con los nuestros. Además ¿no viene él muchas veces tarde á casa y otras nos manda ir á acostarnos con la tía pa andar de jarana toda la noche? Vete, vete *(cogiéndole del brazo)* al portal por si es caso viene y nos atrapa aquí.

MANOLITO Espera, que me pica mucho este pié. *(Hace como que se rasca cogiendo el duro y guardándolo sin que lo note José.) (Sale.)*

ESCENA SEXTA

JOSÉ

JOSÉ — Mi padre si quiere fumar que lo compre; á mí bastante trabajo me cuesta ajuntar un poco de tabaco. *(Abre la alacena)* ¡calla!... ¿qué será esto? (*Coge la botella del vino y la mira al trasluz*) ¡Petróleo de lo bueno! ¡y cómo se cuida mi padre!, echaremos un piscolabis, (*bebe*) ¡caramba, qué rico está! Si yo fuera burgués lo bebería todos los dias. Ahora busquemos mi tesoro; bien vendrán unas fumaditas después de este trago. *(Deja la botella en su sitio y busca)* ¡Aquí está! ¡aquí está! (*Saca un envoltorio grande de papel)* (*Pausa*) Vamos á guardarlo; así le diré á mi hermano que no lo encontré, ¡pa él estaba! ¡que se limpie! no me gusta dar na á nadie. El pánfilo de él se conformará ¡tiene llavado tantos chascos!... y no será malo el que le voy á dar luego, porque de seguro se ha creido que en lo que se saque por las herramientas del zapatero vá á llevar participación; un buen puntapié sí que llevará si no cae algo más, porque en empezando á repartir vá á haber lío como siempre sucede; peró hoy me cogen á mí de malas pulgas y si se arma camorra muerdo á uno con mi *cheira*... ahora que me acuerdo, debe tener mi padre en este cajón un rewolver, se lo ví el otro dia y me conviene más. (*Abre el cajón de la mesa y lo saca.*) Está cargado, (*examinándolo*) mejor. (*Se lo guarda.*) Ya verán esta noche quién soy yo. *(Dándoselas de valiente)* ¿Que me llevan á la cárcel? No importa , allí se está al pelo, como dice Rosendo que ya estuvo en ella varias veces y además, que esto de haber estado en el *chiquero* es de valientes y yo no me tengo por un *mándria*... Vamos á echar otro traguito á... mi salud. (*Saca la botella y bebe*) *(Escucha)* Me parece que suben. Será Manolo. *(Guardando la botella)* Haremos como que buscamos el tabaco (*Busca.*)

ESCENA SÉPTIMA.

DICHO Y MANOLITO.

MANOLITO — *(Entrando precipitadamente)* ¡Oye, José, vámonos en seguida, que ya viene padre!

JOSÉ — (*Incomodado)* ¡Contra! y no encuentro mi tabaco.....

MANOLITO Déjalo y anda.
JOSÉ ¿Podremos salir sin que nos vea?
MANOLITO (*Tirándole del brazo*) Sí, aún viene al principio de la calle.
JOSÉ Pues ¡alza!
MANOLITO (*Deteniéndole en la puerta*) ¿Cómo vás á cerrar la puerta pa que no se conozca que estuvimos aquí?
JOSÉ Ya lo verás.

ESCENA OCTAVA.

ENRIQUE

ENRIQUE (*Entra agitado é inquieto*)
Ni un ¡ay! ha pronunciado...
el golpe fué maestro,
mi puñal enterrado
en su cuerpo quedó. ¡Ya el mundo es
(nuestro!
Hice igual que el romano;
llegar, ver y vencér todo fué uno.
Parece que el destino
decretaba la muerte del tirano.....
Ni un minuto siquiera
hacía que esperaba en el camino
por donde él ir á casa acostumbraba,
cuando le ví venir... me acerco... hiero..
con impulso tan fiero...
con ánsia tan rabiosa,
¡que hasta el puño en su carne el arma
(entraba!...
(*Mirando á su alrededor*) ¿Quién dice
(que obré mal? ¡Eso es mentira!
Obré en justicia por salvar al pueblo,
por quitarle esa carga deshonrosa
que le oprime y le explota con des-
(caro,
y para darle el bien por que suspira..
(*Pausa*) ¿Que no debo matar á un semejante?
Pero ¿quién habla así que no le veo?
Que se presente á mí, le haré ver claro,
que es necesario, todo lo que daña,

suprimir al instante..... (*Pausa*)
¡De nada me remuerde la conciencia!..
¡calla, voz infernal!... ¡No... no me en-
(gaño!
Sería yo un perjuro,
indigno de clemencia,
si la promesa de extirpar el daño
que mina nuestra dicha no cumpliese.
(*Con más calma*) Tranquilo estoy, me
(encuentro satisfecho,
lo que hacer me tocaba ya está hecho.
Que los demás ahora obrando sigan
porque nuestras ideas salvadoras
prosperen y dominen en el mundo,
haciéndole fecundo
en realidades acariciadoras.
(*Gozoso*) ¡Pensar que en todas partes y á
(estas horas
batallan nuestros buenos compañeros
al grito sacrosanto de «Anarquía.»
el corazón se llena de alegría,
la mente de proyectos lisonjeros!

(*Se sienta, saca un periódico del bolsillo y lee con satisfacción exagerada*):

«Era un hortelano que tenía un huerto magnífico donde se da-
»ban plantas de mil especies, todas de resultados provechosos
»para su dueño. Se le ocurrió á éste en mal hora, poner en
»aquel terreno varios árboles y al poco tiempo vió con triste-
»za que sus ganancias se trocaban en pérdidas por la sencilla,
»razón de que aquellos gigantes con sus copas extensísimas
»privaban de los rayos solares y con ellos de sus efectos bene-
»ficiosos á las plantas más pequeñas. ¿Qué hacer? Suprimir los
»árboles, y así lo hizo el hortelano, con muy buen acuerdo,
»para que de este modo todo lo allí existente disfrutase por
»igual de los bienes que prodiga la Naturaleza. ¡Compañeros!
»la moraleja de esta fábula no necesita explicarse, todos la
»habreis comprendido: practicadla al concluir quince luces.»
Este parrafillo es elocuente ¡muy elocuente! dice mucho á los
que estamos en el ajo del asunto; como que nos dá una órden
para la noche de hoy, órden que se está cumpliendo en estos
momentos. ¡Bien puedo yo vanagloriarme de haber cortado el
árbol principal, el que más perjuicios causaba con su sombra,

la sombra del despotismo y de la tiranía! ¡La humanidad me admirará y me aclamará como á un héroe! Los otros compañeros no lo harán mal, tienen sobrados recursos para el éxito. ¡Qué bien vamos á marchar ahora! todo para todos. sin trabas de ninguna especie,sin freno que nos detenga en la satisfacción muy natural de nuestras pasiones y apetitos; ya se acabaron las privaciones y la miseria, ya concluyó la opresión tiránica de las clases privilegiadas, porque ya no hay clases privilegiadas. Era bochornoso que el simple animal gozase de libertad, en tanto que el hombre gemía en la esclavitud. Ahora la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad brillarán en todas las cosas, en todos nuestros actos. Y ¿no merece este logro la degollina de cuantos burgueses y aristócratas hay en el mundo?... Me tarda el momento de ver entrar triunfantes á mis compañeros y proceder de una vez y para siempre á la repartición de bienes y al arreglo de la sociedad, que bastante lo necesita. *(Golpes á la puerta)* ¡Eh?... *(Levantándose con precipitación)* ¿Serán ellos?..... No lo creo, no pueden haber concluido la faena en media hora escasa... ¿será un aviso? *(Llaman con más fuerza)* ¡Mil bombas! ¡no traen poca prisa! *(acercándose á la puerta)* ¡Eh, amigos, la contraseña! *(Desde fuera, «¡Abrid en nombre de la Ley»)* ¡Já, já, já! qué bromas tienen, la ley la maté yo esta noche...mas, por si acaso, echemos mano al rewolver, que en tiempo de revueltas no se debe andar desprevenido *(abre el cajón de la mesa)* ¡Rayos del infierno, no está aquí! ¿quién me lo llevaría? *(Cede la puerta al empuje de los de fuera)* ¡Maldición! ¿qué es esto? *(Retrocediendo.)*

ESCENA NOVENA.

DICHO, INSPECTOR DE POLICÍA Y DOS AGENTES.

INSPECTOR *(A los agentes y señalando á Enrique)* ¡Prendedle!

ENRIQUE ¿A mí? ¿con qué derecho?

INSPECTOR Con el que nos dá el crímen que acabas de ejecutar, ¡miserable! *(Los agentes se dirigen á sujetarle. Lucha.)*

ENRIQUE Mirad mucho lo que haceis, porque os pesará *(Haciendo grandes esfuerzos por libertarse)* ¡Infames, tal atropello no será bastante para satisfacerlo toda vuestra sangre!

INSPECTOR (*A Enrique*) Basta de palabras huecas. (*A los agentes*) ¡Vivo y amarradlo bien!

ENRIQUE (*Desasiéndose*) ¡Viva la Anarquía! ¡Mueran los tiranos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

ARREPENTIMIENTO

Interior de un calabozo. Puerta á la izquierda, Enrique, muy abatido, está sentado á la derecha, los piés sujetos con una cadena; conserva á su lado un libro abierto.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE

ENRIQUE ¡A muerte soy condenado!
¡qué fin tan triste me espera!
¡Ay! á dónde me han traido
esas malditas ideas,
que prometiéndonos dichas.
nuestro entendimiento ciegan
y nuestras almas conducen
á su perdición eterna.
¿Cómo seremos tan necios,
de tan pobre inteligencia,
que este mundo destinado
por Dios á lugar de pruebas,
hacer queramos nosotros
que mansión del placer sea?
¡Dios mio! cuántos errores
comete aquel que se aleja
de Tí que eres la verdad,
la Sabiduría inmensa,
viendo humillación y oprobio
en la bendita pobreza,
la que Tú dignificaste
al descender á la tierra,

y dando como remedio
único al mal que nos cerca,
el renegar de tus leyes
y la igualdad de riquezas.
¿Por qué no habré conocido
esa doctrina funesta
antes? hoy no miraría
en mis piés estas cadenas,
ni pesara sobre mí
tan infamante sentencia,
ni atroces remordimientos
en mi alma harían presa,
pudiendo vivír, si pobre,
con la paz en la conciencia.
¡Ya no hay remedio, ya es tarde,
el instante fatal llega,
y del crímen el castigo
que Díos allá me reserva!.....
(*Se arrodilla*) ¡Señor! ¡Señor! me arrepiento,
no me niegues tu clemencia!...
¿clemencia?... soy de ella indigno,
para mí no ha sido hecha,
no, no merezco la gracia,
sólo el infierno me espera. (*Se sienta*)
¡Ah! malditos compañeros. (*desesperado*)
venid y ved la obra vuestra,
venid y hundios conmigo
donde las almas perversas. (*Mutis*)
No vendréis, no, lo aseguro,
seguis con falsas promesas
llevando la perdición
á los que como yo os crean.....
¡Qué pronto me abandonásteis
después de la acción aquella!
¿y os llamábais mis amigos?...
¡tarde el desengaño llega!
Mis amigos son aquellos
á quienes hice la guerra,
lo prueban viniendo á verme,
consolándome en mis penas.
Aquél de quien yo temía

que su maldición me diera,
aquél que motivos dí
para odiarme. se me acerca,
me da su perdón, ¡me abraza!
y me dice que no tenga
inquietudes por mis hijos
que un padre en él les espera..,
(*Llora)* ¡Hijos de mi corazón,
herederos de mi afrenta,
cuántas veces mi recuerdo
os llenará de vergüenza!
¡No he sabido ser buen padre,
ni vuestro amparo siquiera!.....
¿Qué sería de vosotros
si os faltase esa alma buena?
errantes y pervertidos
andaríais por la tierra
quizás viniendo á parar
al baldón que á mí me espera!
Muchas, muchas son las faltas
que sobre mi alma pesan.
(*Dirigiendo la vista al cielo)* Esposa mia, no pidas,
tú que en el cielo te encuentras,
perdón para mis maldades,
no soy digno de indulgencia,
no merezco estar contigo
que fuiste siempre tan buena,
gozando de ese gran bien
que á los suyos Dios reserva.
(Apoya la cabeza entre las manos)

ESCENA SEGUNDA.

DICHO Y CARCELERO.

CARCELERO (*A Enrique, con tono áspero)* ¿Dormís?
ENRIQUE *(Sin moverse)* ¿Quién puede dormir teniendo la muerte tan próxima?
CARCELERO Ahí está el caballero que viene todos los dias á visitaros; le acompañan dos niños ¿pueden pasar?
ENRIQUE (*Levantándose precipitadamente*) ¿Dos niños?... ¡Dios mio!... ¡mis

hijos!... ¡¡la última visita!!... ¡vienen á dar el último adiós á su padre!... ¡Oh!... no... es una prueba superior á mis fuerzas!...

CARCELERO *(Impaciente)* ¿Qué les digo?

ENRIQUE El caballero... sí... que pase, pero... mis hijos... por favor..., ¡morir sin verlos!..., no, no, que pasen... todos... (*Cae en el asiento.)*

CARCELERO *(Saliendo)* No comprendo esta gente: unas veces duros como la roca y otras blandos como mujercillas.

ESCENA TERCERA.

ENRIQUE, D. LUÍS, JOSÉ Y MANOLITO.

JOSÉ *Corriendo hácia su padre y abrazándole)* ¡Padre!

MANOLITO *Id. id. íd.* ¡Padre mio!

ENRIQUE (*Abrazado á sus hijos*) ¡Hijos do mi alma! *(Pausa)*
¡Ah, qué ejemplo tan triste os estoy dando,
qué vergonzoso es, hijos queridos;
mirais á vuestro padre aquî expiando
un crímen de los más aborrecidos!
Testigos estais siendo de mi pena,
sedlo también de mi arrepentimiento;
no sólo es el delito lo que siento,
es el no haber cumplido lo que ordena
Aquél que rige el mundo desde el cielo,
del bien del hombre siempre cuidadoso,
¡del hombre, que le dá su indiferencia,
que llega hasta el insulto su insolencia!
Si en vez de poner yo todo el anhelo
en mostrarme anarquista valeroso
y en arreglos de mundo desgraciados,
hubiese procura lo mis cuidados
en ser para vosotros un modelo
de la honradez, de la virtud cristiana,
grabando en vuestros tiernos corazones
máximas santas, útiles lecciones,
esa muerte que veo tan cercana,
con el estigma vil no me manchara,
ni á vosotros tampoco deshonrara.
Todos se apartarán de vuestro lado,
¿no son estos, dirán, hijos de aquel

que murió por infame ajusticiado?...

D. Luís *(Que se habrá quedado á una distancia prudencial)*
¡Por Dios, Enrique, estais siendo cruel,
qué horizontes mas negros les trazais
á vuestros hijos! ¿acaso no fiais
en la promesa de mi protección
que siempre velará por su ventura?

Enrique Perdonadme, Don Luis, ya mi razon
se trastorna... se ofusca... el paso es fuerte.....
es superior á mi tanta amargura.
¡Hijos mios! quered el protector *(Señalándoles á D. Luis)* que pagando mi mal con su bondad,
de mejorar se encarga vuestra suerte...
nunca le disgusteis. no. ¡por favor!
sus mandatos, con gusto ejecutad,
él será bueno como yo no he sido...
(Se arrodilla) ¡Perdon, hijos, perdon!... *(Calla unos momentos. José y Manolito le estrechan llorando)*

José ¡Padre querido!

(Don Luis trata de llevar á los niños, pero Enrique los retiene diciendo)

Enrique No los lleveís. D. Luís, esto ha pasado,
dejádmelos siquiera otro momento,
ellos son el consuelo en mi tormento,
ellos calman mi pecho atribulado (*pausa*)
Mirad, hijos, mirad, hay en el mundo
hombres malvados, almas infernales
que con promesas de abundante dicha
sólo son precursores de los males.
Con acento pomposo en sus discursos,
donde no existe más que hipocresía,
tratan de seducir al pobre obrero,
que, obrando sin malicia, en ellos fía.
Y le adulan un poco, mientras tanto
no le utilizan para su provecho,
después de utilizarlo le abandonan
como una cosa inútil, un desecho,
y síguen propagando sus ideas
de protección y regeneramiento,
hallando siempre quien les dé su aplauso
sin que los hechos valgan de escarmiento.
Mirad, hijos, mirad, si por desgracia

alguno de esos seres maldecidos,
que abundan mientras haya gobernantes
que á las quejas del mal no dén oidos,
si alguno se os acerca y quiere hablaros
de justicia, de paz y de derechos...
impedídselo al punto, replicadle
que estais de vuestro estado satisfechos,
que la justicia, no, no es de este mundo,
que la paz sólo se halla en la conciencia
que cumple como Dios manda que cumpla,
que el derecho se encuentra en la obediencia
á las instituciones y á las leyes
por que deben regirse los estados,
que regeneración es imposible
sin que vuelvan los pueblos humillados
ante el Mártir del Gólgota á postrarse...
¡Ay, tiemblo, tiemblo, pobrecitos mios,
si llegan á caer en vuestras manos
los libros y periódicos impíos
que en todos los lugares hoy existen,
hasta en los más ocultos y distantes!
Tiemblo de que os engañen sus doctrinas,
de mi falta gravísima causantes.....
No los leais, ¡por Dios!.... lejos al punto
arrojadlos, que abrasan, y si ha entrado
de verlos en vosotros el deseo...
Pensad... en vuestro padre... ¡¡ajusticiado!!

(Cae desvanecido. José sostiene á su padre. Manolito corre asustado hácia D. Luís y le pregunta):

MANOLITO — D. Luís, ¿qué tiene mi padre?

D. LUÍS — Nada, hijo, que necesita descansar unos momentos. Vais á dejarle solo, ya volvereis luego á verle. *(Llama: ¡Carcelero!*

ESCENA CUARTA.

DICHOS Y CARCELERO.

CARCELERO — *(Entrando)* ¿Qué se ofrece?

D. LUÍS — Llevad estos niños al salón de arriba y avisad al médico que venga inmediatamente. (*Separando á José de su padre.*)

CARCELERO — Está muy bien.

JOSÉ *(Después de abrazar y besar á su padre, sale con el carcelero)*
¡Pobre padre mio!
(Manolito vuelve á donde está su padre, le estrecha en sus brazos y llora. D. Luis le separa con cuidado llevándole fuera del calabazo.)

D. LUÍS Vamos, Manolito, ¿no ves que puedes hacerle daño?

ESCENA QUINTA

D. Luís.

D. LUÍS *(Luego de observar á Enrique y dirigiendo la vista al cielo)*
Señor, si vuestro perdón
logró en su arrepentimiento
esta alma, compasión
tened de ella y al momento
llevadla á vuestra mansión.
Pero si habeis decretado
que su gloria sea mayor
con más castigo al pecado,
concededla fé y valor
hasta haberlo reparado.

ESCENA SEXTA.

DICHO, MÉDICO Y JUEZ.

MÉDICO *(A D. Luís)* ¿Ocurre algo grave?

D. LUÍS No, tal vez. Despidiéndose estaba de sus hijos, cuando se quedó en ese desvanecimiento. Por si acaso, he creido conveniente avisaros.

MÉDICO Hicísteis muy bien, D. Luís. *(Se acerca á Enrique y le reconoce)* Una postración demasiado fuerte que en tales circunstancias era de esperar, pero es hombre de complexión robusta y resistirá. *(Le dá á oler un frasco)* Abran esa puerta, conviene que se renueve el aire *(D. Luís abre. El médico sigue prestando sus auxilios al preso.)*

JUEZ *(Que se habrá quedado junto á la puerta, á D. Luís)* ¿Cómo estamos de revelaciones,? ¿Sigue en su empeño *(señalando al preso)* de no querer decir el nombre de sus cómplices?

D. LUÍS Cuantas veces le hablé del particular, tantas me contestó que

perdonaba á todos para que Dios le perdonase á él y que no quería delatarlos.

JUEZ Muy bien está que los perdone, pero es de comprender que con esa obstinación causa un mal gravísimo á la sociedad porque deja la puerta franca á esos bandidos, para que sigan haciendo de las suyas, echando á perder á más de cuatro infelices, y se causa un perjuicio á sí mismo privándose de la consideración y del aprecio de las personas honradas; ya veis, pues, que lo que el cree un bien, es un mal.

D. LUÍS Decid, señor Juez, y por los papeles, cartas y otros documentos que hallásteis en su poder ¿no deducís algo?

JUEZ No gran cosa; todo se reduce á folletos y periódicos de libre circulación y las cartas no tienen importacia alguna judicial, son de familia y de amigos. Sólo sí he podido averiguar que obró por cuenta agena y fanatizado por ideas anarquistas, pero estas averiguaciones únicamente las he podido conseguir por palabras más ó menos vagas que se le escapaban al preso en sus declaraciones. Mandé prender algunos amigos de él que me eran sospechosos, mas nada aventajé en el asunto que me interesaba. Aquí teneis otro de los beneficios que puede reportar la revelación del reo: evitar que se persiga al inocente. No lo dejeis de la mano, D. Luís, será un servicio más que presteis á la causa de la justicia.

D. LUÍS (*Pensativo*) ¡Pobre Enrique!

JUEZ (*Al médico*) ¿Hay reacción?

MÉDICO Aún no, señor juez.

JUEZ Pues yo con el permiso de Vds. me retiro, faltan terminar algunas disposiciones para la entrada del reo en capilla, que no tardará en verificarse. Hasta luego. (*Se retira.*)

MÉDICO Hasta después.

D. LUÍS Adiós, señor juez.

ESCENA SÉPTIMA.

DICHOS.

MÉDICO Ya empieza á volver en sí. (*Pausa.*)

ENRIQUE (*Recordando*) ¡Preso... ¡ah!... sí...¡el crímen! ¡el patíbulo!... (*Mira á su alrededor*) ¿Y mis hijos?... ¿No estaban aquí?... ¿No habían venido á decir adiós á su padre?... ¡Se han ído... ya no los veré más!... ¡pobrecitos de mi alma!... (*Llora.*)

MÉDICO (*A D. Luís)* Me voy, D. Luís, ahora dejadle llorar un poco, las lágrimas le harán mucho bien. (*Se retira.)*

ESCENA OCTAVA.

DICHOS.

D. LUÍS (*Ap. y señalando á Enrique*) Estas son las dichas que proporcionan cuantas doctrinas se apartan de la Católica.

ENRIQUE ¡D. Luís, siempre V. á mi lado! ¡al lado de un asesino! *(Se arrodilla*) ¡Perdonadme, D. Luís, perdonadme!

D. LUÍS Levantaos, Enrique, estais perdonado; no penseis más que en la salvación de vuestra alma, eso es lo importante. (*Enrique se levanta. y se siénta; siéntase también D. Luís á su lado*)

ENRIQUE ¡Mi alma!... no se salvará, Dios no perdona á los criminales como yo: los cíelos se escandalizarían con mi presencia.

D. LUIS ;Enriqüe, eso es blasfemar! ¡eso es desconfiar de la Bondad y de la Misericordia de Dios que son infinitas.! Tened un verdadero dolor de haberle ofendido, arrepentíos de los pecados cometidos y vuestra salvación es segura. Gran pecador fué Dimas el buen ladrón, sus delitos, sus crímenes le colgaron de una cruz á la derecha de aquella otra en que pendía el Hijo de Dios purgando los pecados de todos los hombres y un »acuérdate de mí cuando estés en tu reino,» dicho con toda la sinceridad de un alma arrepentida, le valió la respuesta consoladora de Jesús: «Hoy serás conmigo en el Paraiso.» Gran pecadora fué María Magdalena, su vida pública escandalizaba á cuantos la conocían, y habiéndose postrado á los piés del Redentor llorando sus faltas, oyó aquellas dulcísimas palabras »Tus pecados han sido perdonados, vete en paz.» Pecadores fueron un San Pablo, un San Agustín y otros muchos que arrepentidos alcanzaron la gloria eterna y la Iglesia los venera en sus altares. ¡Ah, Enrique, no desespereis, no temais! Jesucristo lo ha dicho, »Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y os abrirán.»

ENRIQUE ¡Cuánto bien me proporcionan vuestras palabras! Sin el P. Anselmo y sin V. yo moriría desesperado, no pronunciando más que maldiciones é injurias contra Dios, infinitamente bueno y misericordioso. Gracias mis verdaderos amigos. gracias, el Señor les premiará su buena obra. Él sabrá recompensar como se merecen los consuelos que vienen proporcionándome en tan triste situación.

D. Luís — Las gracias dádselas á Dios que os ha dejado escuchar la voz de la verdad, que os ha dado tiempo para llorar vuestros pecados.

Enrique —)*Juntando las manos y mirando al cielo*) ¡Oh, sí, se las doy con todo mi corazón, con toda mi alma! Ahora, si os parece, hablemos un poco de mis hijos, de mis pobrecitos hijos á quienes ya no veré más *(Llora.)*

D. Luís — Como gusteis, Enrique.

Enrique — (*Algo repuesto de su tristeza*) Sé, D. Luís, que con vos huelgan las recomendaciones, sabeis cumplir vuestros deberes, no todos son como yo, pero dispensadme que insista en lo que más me preocupa. D. Luís, si es preciso sed hasta tirano con mis hijos antes que consentirles esas lecturas envenenadoras que hoy por desgracia tanto abundan. Nada de indulgencia con ellos, tratándose de libros ó periódicos opuestos á la doctrina de la Iglesia Católica. Cuide bien de las amistades que frecuenten. Los malos libros y las malas compañías hicieron de mí un criminal, un asesino. Si la inclinación de mis hijos saliera perversa á pesar de vuestros cuidados, que no puedan culparos como hoy me culpan á mí del borrón que les lego.., pero ¿qué estoy diciendo? mis hijos no serán malos, serán honrados, con esa honradez que aconseja la religion, tienen en vos un modelo perfecto por donde guiar sus acciones, si hasta la fecha dejan mucho que desear es porque en su padre no han visto mas que malos ejemplos.

D. Luis — Tranquilizaos, Enrique, conozco cuánto importa educar bien á la niñez y la grave responsabilidad ante Dios y ante los hombres del que esa educacion falsea ó descuida. Os juro que haré lo posible á fin de que vuestros hijos sean hombres dignos y felices... ¿quién sabe, Enrique, quién sabe si vos que tanto desconfiais del indulto solicitado, participareis aun de las delicias que proporcionan á su padre los buenos hijos?

Enrique — No lo creais, D. Luis, no lo merezco: el indulto no vendrá, la sociedad tiene prisa por echar de sí al que la ha ofendido ¡Dios y ella me perdonen como yo perdono á los que me trajeron aquí!

D. Luis — Debiérais decir los nombres de esos insensatos para que no pudieran hacer mas desgraciados

Enrique — No; hay entre ellos muchos padres de familia y compadezco á sus mujeres é hijos que ninguna culpa tienen de tales errores Delatarlos sería vengarme y si yo me vengara, Dios se venga-

ría de mí. Quizás tengan una hora buena y se conviertan, pue de que á sus casas vayan también esos amigos de los pobres que, como V. fué á la mía, sólo que yo no supe aprovecharme de sus advertencias, á la par que les lleven el alimento material les lleven la luz á sus entedimientos, así lo pediré á Dios en el cielo. (*Se acerca el carcelero á D. Luis y le habla al oido.*)

D. LUIS. (*Ap.*) ¡Señor, dadle fuerzas hasta el último momento! (*Se levanta y dice á Enrique*) Enrique, es llegada la hora de que vayais á ver al P. Anselmo; apoyaos en mí brazo (*Ofreciéndoselo.*)

ENRIQUE (*Con voz apagada y levantándose*) Vamos, D. Luis. (*El carcelero le quita la cadena. Salen*)

ESCENA NOVENA

MUTACIÓN

Capilla de cárcel.

(*El P. Anselmo de pié frente al altar y en actitud meditabunda.*)

P. ANSELMO Estas son las consecuencias,
aquí se encuentra el final
de esas perversas doctrinas
inspiradoras del mal.
Estos son los grandes bienes,
toda la felicidad
que de ellas puede esperarse...
¡Oh, ignorancia! ¡oh ceguedad
del hombre que ve sus frutos,
que tiene á la vista el daño
que causan á cuanto tocan
y aun no quiere el desengaño!
Malditas, malditas sean
esas infames teorias
que al cuerpo la vida roban
y al alma sus alegrias
en la celestial mansion.
(*Mirando á Jesús crucificado*)
¡Ay, qué tristeza, Dios santo!
¡esas pobrecitas almas

que á Tí te costaron tanto! *(Pausa)*
¡El mundo se va, se pierde,
camina á su destrucción...
Señor, Señor, te lo ruego,
muéstrale tu compasión.
Que esas mentes engañadas
reconozcan su extravio,
que comprendan que en Tí sólo
se halla el bien, sí, Dios mio.
Que cual éste se arrepientan
de sus errores pasados
y que busquen en tu gracia
perdon para sus pecados...
Aqui viene (*Escuchando*) Ya se acerca
quien de Ti espera consuelo.
¡Dios de la Misericordia (*juntando las manos)* mañana llévale al Cielo.
(*Se adelanta á recibir al reo)*

ESCENA DÉCIMA.

DICHO Y ENRIQUE *(que entra apoyado en el brazo de Don Luís, en la misma disposición que al salir del calabozo. Detrás van, sin hablar, el juez. el médico y algun otro caballero)*

ENRIQUE (*Arrojándose en los brazos del P. Anselmo*)
Padre Anselmo, qué torturas,
¿Cuándo llegará el momento
del suplicio? ¡ya me tarda!
hacedl por que sea luego.

P. ANSELMO ¡Pobre hijo mio! Alli está (*Señalando al Crucifijo*)
quien cual vos ajusticiado
murió tambien, quien sufrió
por nuestra salvacion tanto.
Id á El que vuestras penas
encontrarán dulce alivio,
id, que es Padre cariñoso
y os consolará

ENRIQUE *(Desprendiéndose de los brazos del P. Anselmo y arrodillándose ante el altar)* ¡Dios mio! *(Pausa)*

El P. Anselmo se acerca á D. Luis y á los otros caballeros. hablan en voz baja y se retiran todos excepto el P. Anselmo)

ENRIQUE ¡Oh sublime religion,
amparo del afligido!
¿por qué todo lo que vales
antes no habré conocido?
Ilusiones de la vida, (*Se levanta*)
viles engaños del mundo,
hoy mi alma os aborrece
con el ódio mas profundo.
Aquí, delante de Dios
que pronto me ha de juzgar,
abomino esas ideas
que he llegado á sustentar.
Me pesa haberlas seguido
y tanto el pesar me oprime,
que ya no temo á la muerte
porque de ellas me redime.

P. ANSELMO (*Con júbilo)* ¡Qué alegría dais al Cielo
oyéndoos hablar así!
os felicito, hijo mio,
ya un trono teneis allí
donde vais á dísfrutar
eternidad de venturas,
con la que Dios premiará
vuestra vida de amarguras.

ENRIQUE ¡Qué bueno sois, Padre Anselmo! (*Cogiéndole una mano y besándosela*)
¡qué pensamientos teneis
tan gratos para mi alma!
también vos al cielo ireis.
(*Arrodillándose*) Perdonadme que en un tiempo
al sacerdote creyera
nuestro mayor enemigo.
más temible que la fiera.
Perdonadme los insultos
que contra él he arrojado...
Padre Anselmo, esos infames
me tenían engañado.

Mirad como no se acercan
á calmar mis aflicciones,
ya nada esperan de m', (*con amarga ironía*)
acaté sus decisiones,
las cumplí manchando mi alma
con un crímen, y el desprecio
es el premio que me dan.....
hacen bien, he sido un necio.

P. ANSELMO (*Levanta á Enrique cariñosamente y se sientan juntos en el banco*) Así viene sucedien lo
cuánto tiempo ya, hijo amado,
y el pueblo tan obstinado
aun sigue en ellos creyendo.
La falta de Religión
es la causa de ese mal,
sin Dios no hay órden social,
sin fé no hay resignación.
Mirad esos mercaderes
del discurso estrafalario,
ir al sencillo operario,
sacarle de sus quehaceres,
con promesas amistosas
de libertades sin cuento
haciéndole el instrumento
de sus miras ambiciosas.
Y aquel pobre, ilusionado,
creyendo la dicha cierta,
de los talleres deserta
convirtiéndose en malvado.
El club, las malas lecturas,
los vicios y la ambición,
siguen su imaginación
exaltando con locuras,
hasta que llega un instante
en que harto de ódio estalla
y destroza cuanto halla
y mata si no es bastante.
Pero ¿logra realizar
aquello que él ideó?
¡Ay, no conteste á eso yo,

vos lo podeis contestar!
Y en tanto dura el motín,
¿dónde está quien lo ha excitado?
Léjos de allí, sosegado,
miradle esperando el fin,
para si logran vencer
los suyos, él encumbrarse
y después ya no acordarse
de quien le llevó al poder;
para si pierden, huir
como huye el criminal
y su hipócrita moral
en otra parte seguir.
Sí, lo ambición sólo guía
las palabras, las acciones
de todos esos bribones
en quienes el pueblo fía.
No es el amor al obrero,
tienen ellos bien sabido
que el rumbo que han emprendido
no es el rumbo verdadero.
Siempre fueron patrimonio
de la vida las miserias,
los desastres, los trabajos,
las injustícias, las penas.
Del pecado original
son estas las consecuencias
y, por más que el hombre luche,
no hará que desaparezcan.
Puede sí, aliviar en algo
su condición en la tierra,
para eso el Creador
le ha dado la inteligencia,
pero en vez de ir á lo cierto
más cada dia se aleja
y aquí está el mal, hijo mio,
aquí el choque en las ideas.
El rico mira en su orgullo
al pobre con insolencia
llevando su atrevimiento
á insultarle si se acerca.

No admite, ¡qué ha de admitir!,
que aquel que pobre se encuentra
es también hermano suyo...
solo pensarlo le afrenta.
Con su lujo desmedido
con su fausto de riquezas.
más bien parece que va
provocando á la pobreza.
Algunas veces se *digna*,
usando mucha apariencia,
dar de aquello que le sobra
para que el mundo le tenga
por un hombre generoso;
otras, organiza fiestas
donde, sin dejar sus goces,
los pobres algo le deban:
¡Siempre su grande egoismo
buscando lo que recrea!
El pobre, escuchando sólo
á la voz de la soberbia,
de su humilde condición
á todas horas reniega.
Ve en el rico su enemigo
y contra él se subleva;
quiere ocupar altos puestos,
y el desdichado no piensa
que para desempeñarlos
hace falta inteligencia.
Se juzga muy explotado,
cree que todos le desprecian,
se vuelve díscolo, fosco,
nada teme ni respeta.
Y así en lucha encarnizada
estarán sin darse treguas
la pobreza soberbiosa
y la orgullosa opulencia;
porque sin Dios. es probado,
ambas la razón se llevan;
todos tenemos derecho
á los goces de la tierra.
Decidme, ¿quién me mandaba,

si un *más allá* no existiera,
renunciar á los placeres?
¿ir consolando tristezas?
No hay remedio, es imposible,
aunque le den muchos vueltas,
fuera del catolicismo
hallar lo que se desea.
Esta religión de amor, (*con entusiasmo*)
la única verdadera,
puede tan grave cuestión
fácilmente resolverla.
No quita pobres ni ricos,
las clases no las nivela
porque las dos necesarias
son al bien de la existencia;
pero al pobre en sus trabajos
la resignación le enseña,
y para con éste al rico
la caridad le aconseja
(*con acento de invocación*)
¡A Quien rige el Universo
que vuelva el mundo, que vuelva,
si no el problema social
seguirá siendo problema!

ENRIQUE Claras son vuestras razones,
Padre Anselmo, y ¿habrá alguno
que oyéndolas aun persista
en el error? No, ninguno,
como no sea un malvado
que á lo bueno se resista.
¡Dichosos los corazones
que sólo ponen su culto
allá en la mansión del cielo,
sin que puedan entiviarlo
las miserias de este suelo!....
(*Se oyen dos golpecitos muy suaves en la puerta de la capilla*)
(*Levantándose con precipitación*)
Padre Anselmo, ¿oisteis? ¡llaman!
(*El P. Anselmo se dirige á abrir)*
¡Dios mio!... ¿será el indulto? (*mirando al Crucifijo*)
¿llegarían á alcanzarlo?

ESCENA UNDÉCIMA.

DICHOS Y D. LUÍS.

D. LUÍS *(Que entra muy despacio y con el semblante triste)*
¡Enrique, nuestras esperanzas no las veremos realizadas! (*Pausa algo prolongada.*)

ENRIQUE *(Postrándose ante el altar)*
¡Padre mio, de su seno
los hombres me han arrojado,
mírame ante Tí postrado.
¡ay! de incertidumbres lleno
¿También, conmigo enojado.
me arrojarás al tormento?...
¡Piedad! ¡piedad! ¡Dios bendito!
¡si grande fué mi delito,
grande es mi arrepentimiento!
(*Se cubre la cara con las manos*)

FIN DEL DRAMA

Precio: UNA PESETA

De venta en la imprenta de Anastasio Blanco, Moros, 5.—Gijón.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe y el del franqueo correspondiente.

No se responde del extravío de los ejemplares que se remitan por el correo á no ser que se envíen certificados.

Se hará un descuento proporcional á la importancia del pedido.